



CUMBER



JAVIER MARTÍN BETANZOS

**ALFILERES
EN LOS OJOS DE LOS
JILGUEROS**



JAVIER MARTÍN BETANZOS

**ALFILERES
EN LOS OJOS DE LOS
JILGUEROS**

ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: marzo, 2022.

© Javier Martín Betanzos.
© ELVO Editorial.
© del prólogo: Antonio Ramírez Almanza.
© de las ilustraciones: María José Cumbreiras.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscutat.
Todos los derechos reservados.

Dep. Legal: 601-2022
ISBN: 978-84-124591-1-1



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro.
Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie
ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De
este modo estará respaldando a los autores y permitirá
que editoriales independientes, como la nuestra, conti-
núen publicando libros como el que tiene en sus manos.
Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear
partes de este libro, diríjase a CEDRO.

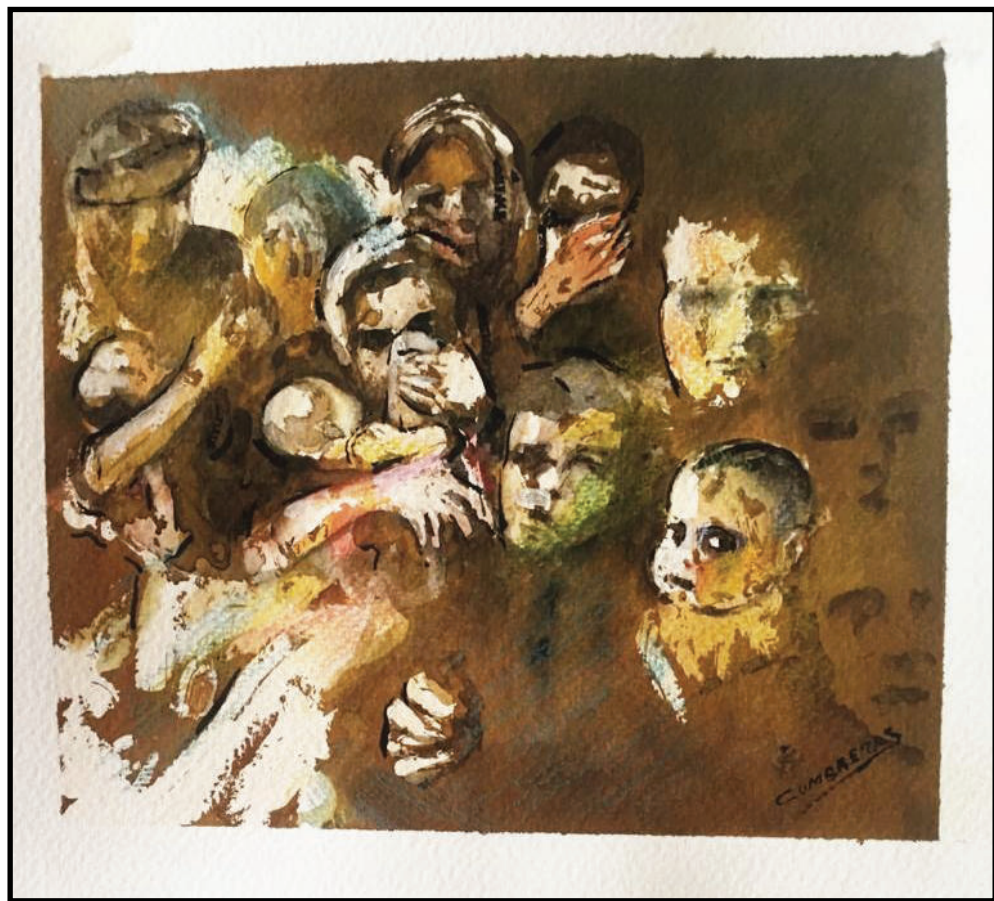
Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción
total o parcial, transformación o comunicación pública
por cualquier vía sin contar con la autorización previa de
los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

JAVIER MARTÍN BETANZOS

**ALFILERES
EN LOS OJOS DE LOS
JILGUEROS**



NARRATIVA



Llegó el toro negro de la noche
con sus astas e insidia de fuego
y nos cogió en un tortuoso camino
al que solo le vimos la espalda.

A todos nos abatían las orcas asesinas
y los buitres nos sobrevolaban
buscando la carroña de mil raleas
mientras las rocas se deshacían
sobre almas a las que devoraron el cuerpo.

Miedo y sangre en las cañaduces,
ofrendas de rojo y esqueletos,
huyendo entre el desamparo,
peor que el frío y el hambre.

Ninguna voz fue sustento,
ninguna manta dio calor.
Cada uno cargaba con su miedo,
con su hatillo de pájaros degollados
respirando aire de ceniza.

No era un camino aquello.
Era la cicatriz de una orografía

donde cayeron muchos
entre el pulso a borbotones,
entre la sangre en las cunetas.

El peso de todos los universos cenitales
cayendo sobre nosotros,
terraplenes y abismos,
tumbas de ocasión y la gente luchando
por meterse viva en los sepulcros.

Ocho de febrero de mil novecientos treinta y
siete,
esperando la muerte como liberación.
Igual nos daban playas que desfiladeros.
¡Qué importa dónde vivir el horror!

Nuestras corazas quedaron hendidas.
No hay remedio para el gemido
ni anestesia para el dolor.
Un hombre pende de un algarrobo,
tenía vértigo, miedo al abismo.
No quería perder el equilibrio
o ser prisionero de los dientes del lobo.

¿Cuánto tarda un cuerpo en ser consciente
del rugido de su vientre vacío?

¿Cuánto se tarda en ser consciente
de que te habita la nada?
El tiempo pasaba apenas movido
por un blando reloj de arena
en aquel camino de alpargatas
y despertamos con el canto de las horas
extenuados por el fuego enemigo,
claudicando sin alma y la piel renegrida.

*En honor de los que corrieron en La Desbandá.
Javier Martín Betanzos*

Prólogo

No recuerdo con precisión la fecha, quizás el 73 o 74 del siglo pasado. Desde el Instituto de Bollullos nos había encargado algún trabajo el profesor de Historia, Antonio Reina, revestido ya entonces de un indisimulado ardor contra la dictadura que empezaba a agonizar. Con el paso del tiempo me resulta imposible precisar qué labor en concreto nos confió, pero recuerdo con claridad las dificultades que tuvimos para recurrir a consultas que no estaban en nuestras manos. Mejor dicho, no existían. En mi pueblo, y en el de Javier Martín Betanzos, padre de las letras que tendrán oportunidad de leer, no había biblioteca. Supimos de la existencia de la Enciclopedia Espasa Calpe, una en el *Casino de los ricos*, así llamado popularmente, y otra en el Ayuntamiento. A la primera no teníamos acceso por no ser socios, pero a la segunda, gracias al padre de un compañero, funcionario en una entonces desolada Casa Consistorial, pudimos acceder. Se usaba tan poco que tuvieron dificultades para encontrar las llaves de los armarios. Aquel pozo de información fue todo un descubrimiento para nuestras curiosas mentes de estudiantes. No sé si terminamos el trabajo, pero tuve la oportunidad de embarcarme en el fantástico mundo de aquellas ilus-

tracciones en color y dibujos de países desconocidos. Tantas y tantas materias descubiertas que no tardamos mucho tiempo en adentrarnos, por ejemplo, en aquellas palabras prohibidas del cuerpo y sus inmensidades. Fue un festín para nuestras entrometidas mentes juveniles.

De todo aquel rebusco, algo, sin embargo, me atrajo poderosamente. Quise conocer qué pasó en nuestro país en los años negros de la Guerra Civil. En nuestras casas no se hablaba nunca del tema, o más bien muy poco. Relataban con miedo: «¡A tu tío —me decía mi madre— lo mataron porque era muy revolucionario... Y a su hijo, mi primo, con 18 años, también. No sabemos dónde está enterrado. Quizás en Niebla, quizás en Villarrasa. Y a tu abuela la pelaron en el Ayuntamiento una mañana de caluroso agosto. La acompañaba tu tío Diego con sus escasos cinco años, quien observó cómo su madre se guardaba sigilosamente un pañuelo grande de mujer para resguardarse la cabeza. Ya sabía que la pelarían *por revolucionaria*, pues acudía a las manifestaciones de los obreros del campo que no tenían ni trabajo ni sustento. Tuvieron que resguardarse todo el día hasta que llegó la noche para que no la viesan en una casa familiar de la Gavia Honda, para evitar el paso del cuartel de la Guardia Civil y la vista de los hombres de la taberna que se encontraba al lado de su casa...».

Yo escuchaba atento. Cuando conseguía que hablaran un poco, les pedía que me revelasen qué pasó cuando entraron las tropas y las gentes ponían trapos blancos en las puertas; que me contaran los momentos trágicos de la huida a los campos por temor a las represalias. Veía entonces, entre ensoñaciones, a mis abuelos tirando de un burro con un viejo serón donde llevaban a mi padre y su hermano. Iban camino de La Cañá, sin saber

cuándo volverían y con escasos alimentos. Intuía un doloroso exilio cercano, un incomprensible huir de tus propias gentes.

Siempre apostillaban en sus escuetos relatos que ellos no habían hecho nada. Pero el recuerdo más intenso de aquella infancia de desconocimientos era contemplar a mi abuela y a su prima cómo conversaban horas y horas en el viejo chupón de la cocineta. ¿De qué hablarían? me preguntaba. Siempre impidieron que entrase en aquellas misteriosas conversaciones. Tu vieron que pasar muchos años para entenderlo todo: hablaban de miedos y desesperación, de hambre y sacrificio; hablaban del marido fusilado en Niebla, descubierto en los campos del pueblo, una noche que vino a ver a su hijo recién nacido. Fue el alcalde el que impidió que hiciesen daño al cura del pueblo y a su familia, llevándoselos a su propia casa. Aquel alcalde que, junto a otros concejales socialistas y comunistas, no pudo impedir la irrefrenable ira de los jornaleros empobrecidos, cuando descar garon su desheredad histórica contra el patrimonio de una iglesia que nunca estuvo a su lado a pesar del contundente mensaje evangélico del profeta que los guiaba.

Con toda esta curiosidad a cuestas estaba delante del Espasa Calpe cuando fui a dar con los años que aún muchos se orgullecían en llamar de la Cruzada Nacional. Lo que leí confundió mis ideas de adolescente durante muchos días. No era lo que yo escuchaba en mi casa y en la de mis abuelos. Con el paso del tiempo pude recuperar aquel fragmento que había leído y que tanta desazón me produjo. Decía aquella enciclopedia que, durante los días trágicos del 36, «la acción del populacho armado en las ciudades y pueblos de Andalucía se caracterizó por su gran ferocidad, consecuencia de la menor cultura del campesino andaluz, en cuya mente el veneno de la propaganda marxista ha-

bía creado un sentido de odio implacable. Por esta razón la labor de policía de los elementos nacionales (unidades del ejército, falangistas, requetés, caballistas, etc.) hubo de ser más activa que en otras regiones y hubo de dirigirse tanto a liberar poblaciones y restablecer las comunicaciones entre los centros urbanos, muy separados entre sí, cuanto a perseguir y castigar ejemplarmente los actos de bandolerismo y ferocidad. Esta acción se realizó por columnas ligeras, muy móviles, que iban y venían constantemente de un punto a otro. La columna más importante fue la del comandante Castejón, formada sobre la base de las primeras fuerzas marroquíes desembarcadas en Cádiz el día 18 de julio. Esta columna operó a lo largo de los últimos días del mes, en diversas direcciones, liberando Huelva capital el 28 de julio».

Esta era la explicación que el suplemento del diccionario de los años 1936-1939 daba de los hechos.

Me prometí entonces conocer la verdad y no dejé desde aquel momento de hurgar en los documentos y en la memoria de las gentes. Todo, en gran medida, era falso. Nunca nos contaron la verdad. La prueba es que más de 132 víctimas locales del franquismo aún esperan respuestas desde sus fosas comunes, cárceles, exilios...

He vuelto a consultar la conocida como Causa General, aquel «proceso de investigación» que la dictadura fascista de Franco mandó elaborar en todos los pueblos españoles, en 1940, para conocer «los hechos delictivos cometidos en el territorio nacional durante la dominación roja». Me he detenido en el de nuestro pueblo. Si bien ya lo hemos podido relatar en publicaciones más extensas, no deja de impresionar y producir escalofríos aquel escueto informe de las autoridades falangistas, cuando relatan los hechos de los «días rojos» (incendio de la iglesia,

quema de algunos muebles de los casinos, atropello de algunas casas particulares, robo de una decena de borregos para dar de comer a una población hambrienta y que luego les hizo pagar con creces a los autores de aquel decomiso necesario). Nada más. Ni una sola palabra de los asesinatos cometidos en los meses siguientes sin juicio, de las decenas de mujeres humilladas, de los encarcelados, de los huidos, de los condenados a muerte, de la represión sistemática de familias enteras, de la fosa común donde aún siguen sin reposar cientos de cadáveres, del hambre...

Mucho se ha trabajado por parte de investigadores y normativas legales, en los últimos años, para facilitar y recuperar no solo la memoria histórica sino la justa dignidad de quienes más sufrieron, principalmente del bando republicano, los estragos de la durísima posguerra. Aquella Causa General es una injusta y manipulada versión de la historia que solo el tiempo y la objetiva investigación pondrá definitivamente en su sitio.

Ahora, al enfrentarme a la lectura sosegada de *Alfileres en los ojos de los jilgueros*, de Javier Martín Betanzos, percibo la dimensión de la necesidad de la memoria de nuestra más trágica confrontación en la historia reciente. Sin alejarse lo más mínimo de la realidad documentada, el narrador utiliza el transcurrir vital de una familia desde su pueblo natal hacia el terrible peregrinar por la geografía andaluza, que le lleva a la Málaga de *La Desbandá*. Un tortuoso sinvivir donde cohabita la tragedia personal con los avatares de la desorganización y el abandono de los republicanos, la presión de los nacionales en su pavorosa maledicencia de venganzas y odios hacia la 'otra' España.

Como indicaba, a los descendientes no nos contaron toda la verdad. Es más, ocultaron miserablemente el desamparo de miles de familias como vamos contemplando en la narración de

Javier. La novela no se pierde en vaguedades descriptivas, pues la acción no necesita de ropajes distintos a los del diálogo de la desesperación. La lucha diaria de la supervivencia con el trasfondo ilusionante de unos ideales en la esperanza de una vida mejor, sin explotación, en igualdad, en el necesario reparto de trabajo y justicia. Hace tiempo escribimos que «queda mucho por recorrer para el definitivo esclarecimiento de los hechos, pues, además de muerte, estos sucesos luctuosos —que marcaron la segunda mitad del siglo XX español y aún siguen imprimiendo carácter al sentir hispano— supusieron la inexorable aniquilación moral de los perdedores supervivientes, de por vida en la mayoría de los casos. Los pormenores, por escabrosos y crueles que sean y por más que se quiera transmitir que inciden en las viejas cicatrices sin restañar, servirán para ir cerrando este negro capítulo con todas sus consecuencias. Solo el conocimiento al detalle del *qué*, el *cómo* y el *cuándo* nos acercarán al *por qué*.

La Guerra Civil tuvo nombres y apellidos, protagonistas directos. Aún es el momento de conocerlos con exactitud. Para ello, no deben escatimarse fuentes que puedan desvelarlos. El resultado final dependerá de la calidad y cantidad de las consultas, cuantas más mejor, examinadas con pulcritud, altura de miras y absoluta desafectación.

Con este deseo, Javier Martín Betanzos logra con su novela acercarnos, paso a paso, en la secuencia de sus diez capítulos, al trágico peregrinar de la familia de José Ruiz desde su pueblo hasta Almería. Este afiliado cenetista sentía desde su fondo más primario que la situación que le rodeaba «estaba enquistada y había llegado a la conclusión de que la democracia burguesa nunca permitiría una verdadera justicia social, y mucho menos un orden socialista». No se equivocaba. A los pocos días del fatí-

dico 18 de julio tuvo que arrastrar al grupo familiar a una huida por la supervivencia. Con una prosa de cercanía a los hechos históricos, donde prima el transcurrir de los personajes con sus avatares y desdichas, Martín Betanzos nos va llevando al conocimiento del exterminio de las ideas y al afán de la libertad justa y medida a través de todos los personajes de la novela. Cada uno conforma territorios interiores que hacen posible que al argumento narrativo se incorpore el emocional. La pequeña tribu familiar, desgranada, entre el drama de la escapada a los inciertos y nuevos lugares de salvación, y la decepción inevitable de una desorganizada república que abandona el sur andaluz, transita poco a poco, perdiendo las esperanzas, por lugares donde el terror viene de los cielos, del mar, de una tierra que prende fuego y extermina a sus propios hijos. *La carretera de la muerte* nunca será una vía de salvación. Deshechos, veremos en los *Alfileres en los ojos en los ojos de los jilgueros* cómo el individuo y sus ideas son eliminadas en el festín sangriento de los precursores de «una patria nueva».

Tras la lectura de la novela queda un poso imborrable. Martín Betanzos aporta con su obra el deseo de no quedarse fuera del conflicto que hace ochenta años desgarró el suelo de esta permanente y orteguiana España invertebrada. No ha querido quedarse con los fantasmas del pasado, la de aquellos que aún vuelven a erigirse en los viles protagonistas que quieren evitar que se conozca la verdad. En definitiva, no dejamos de volver a esta España que duele y avergüenza. Me quedo con las palabras finales del narrador describiendo el desamparo de Elisa, la mujer de José Ruiz, abatida en la tristeza de la muerte próxima y pensando en los suyos. Lo resume todo:

Aquella tarde había una luz parda, de ceniza, y las formas

apenas se distinguían, si no eran tocadas de soslayo por un sol anaranjado. Su silueta delgada y detenida, estaba indecisa. Su piel, pálida y ajada prematuramente, reflejaba otras siluetas, andantes autómatas con un destino ya escrito, un destino cabizbajo y derrotado, una vida vencida y quebrada.

Rociana, octubre de 2021.

Antonio Ramírez Almanza



JAVIER MARTÍN BETANZOS

**ALFILERES
EN LOS OJOS DE LOS
JILGUEROS**



Aclaraciones

Esta novela se desarrolla en un contexto histórico y respeta con rigor los hechos que, desgraciadamente, sucedieron. Deben ser identificados como reales los lugares que tienen entidades que se materializan y coinciden con su nombre actual; los restantes, son creación del autor y solo existen en la imaginación de este. Los personajes relevantes, que han trascendido más allá del momento en el que vivieron y forman parte de la historia, deben ser interpretados de acuerdo con la entidad que tuvieron. Los demás personajes son producto de la ficción, así como los hechos de los que son protagonistas.

A todas las víctimas de las guerras, genocidios, iniquidades e infamias. A todas esas personas que sufrieron posteriormente el silencio y el olvido, siendo objeto de la más cruel maldad y contumaz mendacidad. A todas esas personas que sobreviven en el corazón de sus familias.

«... Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos...».

Norman Bethune

(Médico canadiense que realizó un gran esfuerzo personal, y con sus propios recursos, para socorrer a los heridos en lo que fue el genocidio más brutal de personas desarmadas).

«En media hora ganó Sevilla para España, media hora de valor heroico, media hora de sabiduría prodigiosa, de sangre fría de pasmo, de sentirse español, de despreciar la vida y vencer la muerte...».

Fernando Fernández de Córdoba

(Militar, actor y locutor de Radio Nacional de España en el programa infantil *Vidas ilustres*, en referencia al general Gonzalo Queipo de Llano).

I

Comerse la República

Virtudes Correa iba sofocada. Se había entretenido e iba a llegar tarde. El día anterior había acumulado un gran cansancio, pues fue a hacer la colada al Huerto de la Perdiz y eso suponía horas restregando sobre la tabla y el pesado camino de ida y vuelta. Tendía las sábanas sobre el romero y a su marido Emilio, le extasiaba el aroma de aquellos lienzos blancos puestos al clareo en los arbustos de florecillas de color azul violeta, pero era un trabajo agotador. El pozo de su casa se había cegado por un derrumbe y tenían que hacer otro si le garantizaban que en su corral había algún lugar susceptible de tener el agua necesaria a una profundidad razonable.

Se dirigía a la bodega de Federico Morales a llevarle bacalao con aceite y cebolla a su marido, que trabajaba con el terrateniente. Él había salido antes del amanecer y solo había tomado café con leche migado. Le dejó dicho a su mujer que se lo llevara a la bodega antes de las ocho, pues a esa hora saldría para el campo.

Virtudes era una mujer de veinticuatro años y tenía un niño de dos. Destacaba en ella una gran melena negra y unos ojos muy oscuros, labios carnosos y cara simétrica y ovalada. A pesar

de ser una mujer de pueblo y de aspecto campesino, solía ir muy arreglada. Su buena figura agradecía cualquier vestido, adorno o bisutería y siempre lucía hermosa. Era de las que los hombres se quedaban mirando para ella sin poderlo evitar. Muchos no comprendían cómo se había casado con el hombre que lo había hecho, diez años mayor que ella y bastante huraño. Su primo José era la única persona con la que Emilio tenía una verdadera relación más allá de los saludos que se hacen por educación o de tener alguna conversación ocasional sobre el tiempo o las cosechas. Sin embargo, formaban un matrimonio bien avenido y apreciado por sus vecinos y familiares.

—Buenos días, don Federico. Me parece que he llegado tarde.

—Depende para qué, chiquilla.

—Creo que sí. Venía a traerle la comida a mi marido, pero creo que ya se marchó.

—Así es, acaba de irse.

—En ese caso me voy. Se va a enfadar mucho.

—¿Cómo se va a enfadar con una mujer tan guapa como tú? Ven para aquí. No tengas prisa.

—Tengo muchas cosas que hacer. Una mujer siempre encuentra cosas que arreglar en su casa.

Federico Morales se acercó a la mujer. Su mediana estatura hacía más evidente su pronunciada barriga. Tenía grandes entradas y su débil cabello resplandecía con un exceso de brillantina. Era mofletudo y lucía un bigotito engomado, como trazado con tiralíneas. Vestía un traje gris oscuro con chaqueta cruzada que, cuando la abotonaba, hacía más innegable la acumulación de grasa en su abdomen. Sus ojos eran pura lujuria. Casi babeaba como un perro tras una hembra en celo. Cuando llegó junto

a Virtudes le puso las manos en sus nalgas y sus labios babosos en los de la mujer. Virtudes trató de zafarse, pero no pudo y la comida destinada a su marido cayó al suelo.

—¡Don Federico, por favor! Voy a gritar.

—No te conviene. No te conviene en absoluto ¿A que te das cuenta por qué?

Federico le metió su mano derecha por debajo de la falda y empujándola la llevó a la sacristía. Le bajó las bragas y allí, en el suelo, la violó.

La mujer salió llorando, tropezando con los bocoyes y apuros y se fue a su casa. Por la noche discutió con su marido por lo que él consideró una falta de prontitud y diligencia que le privó de la comida. Ella le dijo que no volvería por la bodega, que se llevara la comida cuando saliera y, así, no perdería el tiempo en ir y venir.

Todos los días que siguieron fueron rutina y hastío. Remaba contra corriente por un mar en lo que todo eran embates. Perdió el brillo y su belleza, se descuidó y la relación con su marido se tornó fría y distante. Se sentía sucia y culpable.

—¿Sabéis que reventé el caballo la madrugada del treinta y uno de mayo al uno de junio pasado? Del domingo al lunes. Se quedó tieso con las patas para arriba y echando espuma por la boca. Tenía muy buena hechura y era muy elegante en el paso, aunque juntaba mucho las patas. Pero siempre fue muy endeblito y cobarde. No tenía cojones.

—Es normal, Carmelo. En El Rocío siempre mueren unos cuantos. Es como una selección natural. Los tienes mantenidos

todo el año a base de grano y para cuatro días que tienen que trabajar se acobardan —opinó Federico condescendiente.

—Este año la romería estuvo un poco floja —dijo Riquel.

—¡Normal! Con los rojos estos poniendo pegas todo el tiempo. Son unos putos amargados... Que si el Estado laico... Que si la separación Iglesia-Estado. Que si el que quiera religión que se la pague... Que si eso es solo superstición... ¡Cómo coño va a tener nadie ganas de divertirse! —Se enfadó aún más Carmelo.

—Este año, para mí, también estuvo la cosa bastante magra. Solo cayó una liebre. Pero una buena liebre. Era una jaca con una buena grupa. ¡Daba gusto montarla! —interrumpió Federico.

—No entendemos. ¿Era una liebre o una yegua? A veces hablas en clave —preguntó Carmelo mientras los contertulios se miraban unos a otros.

Carmelo añadía a su expresión, interrogante como las de los demás asiduos de la tertulia, unos ojos saltones y un labio inferior muy caído, lo que le configuraba un rostro de mentecato, imposible de disimular.

—¡Coño! ¡Parecéis tontos! Que solo me tiré a una. La subí al caballo y derecho al puente del Ajolí, puente de reyes. ¡Esos sí que sabían! Por allí se pasearon todos desde Alfonso X. ¡Todos! Incluyendo a Alfonso XII y Alfonso XIII con todos sus antepasados y toda su corte. Lo que yo quería decir es que todos los años me llevo a algunas morenas para allá, depende de la suerte. Pero ahora se han vuelto muy remilgadas. Se ha puesto complicado con eso de la liberación de la mujer, el amor libre y otros inventos comunistas. Ahora que la puse fina...

—¡Cuidado que viene el camarero! —susurró Riquel.

—Desde que ha llegado la República nos hemos convertido en un satélite de este siniestro contubernio extranjero que ha encontrado en sus lacayos izquierdistas sus más fieles seguidores y el brazo ejecutor de su política antiespañola —continuó Federico.

—¡Qué bien hablas, Federico! —Carmelo continuaba sumido en su pasmo habitual, decorado con su perenne sonrisa que, muy evidentemente, transmitía una inteligencia poco cumplida.

—Pues en esta ocasión esas palabras no me pertenecen. Esas mismas u otras parecidas las ha pronunciado nuestro querido párroco en la misa de doce. De todas formas, las palabras, aunque importantes, no son lo más definitivo. Lo verdaderamente importante es la respuesta, la acción que hay que acometer ante tanta provocación. No podemos adoptar una actitud implorante y cobarde. Somos nosotros los que movemos el país, es nuestra determinación la que sustenta la economía. ¿Os acordáis de Casas Viejas? Pues lo que hace falta es un capitán Rojas en cada esquina. Ya veríais cómo a esos sindicalistas se les soltaba el vientre. Hay que dar una respuesta contundente. Pero para esa respuesta necesitamos organización y poner en marcha medidas disuasorias y definitivas. Se me han ocurrido unas cuantas.

—¿Como cuáles?

—Pues no pagar impuestos, no trabajar las tierras... ¿Qué es eso del laboreo forzoso? ¿Las tierras no son nuestras? Las heredamos de nuestros antepasados o las conseguimos con nuestro esfuerzo. Hagamos eso y, entonces, esos jornaleros mugrientos, para satisfacer su hambre animal tendrán que comerse la República. Paralicemos España cuando nos dé la gana. Solo depende de la voluntad.

—¡Je, je, je! ¡Qué grande eres, Federico! —aseguró Riquel más nervioso aún.

—Cuando queramos cosechar, si queremos, y ya sea trigo, uva o aceitunas, escogeremos a los trabajadores más baratos y a los que no estén sindicados y, por supuesto, haremos caso omiso de lo que predica el sionista ese con su compostura y delicadeza. Un obrero consciente, dice él. ¡Será pretencioso y cursi el tío ese!

—¿De quién hablas? —preguntaron varios contertulios.

—De Largo Caballero. Nada de turnos, el dinero es nuestro y contratamos a quienes nos dé la gana. Propongo desobedecer tanto intervencionismo bolchevique.

—Eso, eso —corearon los contertulios.

—Todo eso está muy bien. Es más, es absolutamente necesario. Pero no convienen las precipitaciones. Todo debe discurrir por un cauce establecido de antemano, valorando todos los factores que puedan intervenir e, incluso, los imprevistos —dijo Juan Fidel Milla, exalcalde del pueblo.

—Tenemos que sumarnos a la conciencia de la España tradicional que se fortalece por momentos y que desembocará en una lucha contra los enemigos extranjeros imbuidos del bolchevismo, que no es otra cosa que una creación judía. Ya sabéis que los judíos son indistinguibles de los musulmanes, utilizando ambos a los izquierdistas con el único propósito de subyugar España y ponerla bajo el dominio de la cultura y pensamiento africanos. Con este verdadero razonamiento podemos presentar el sometimiento de la clase obrera como una acción legítima y necesaria de patriotismo español y de la misma salvación de España —intervino nuevamente Federico con su acostumbrada retórica, que en algunos producía pasmo y, en otros, un atracón de melindrosa palabrería.

—Eso está muy bien. Los discursos encendidos suelen ganar adeptos, sobre todo en los indecisos, pero hace falta una estrategia y dependiendo de su diseño y bondad te dará o te quitará el éxito.

Milla sabía muy bien de qué hablaba. Pero Federico siguió su lección magistral, de la que traslucía su profundo conocimiento del tema, su indisimulable odio a la clase obrera y sus grandes dosis de mala leche.

—Aquí solo tenemos uvas y aceitunas. Han crecido los salarios por las políticas de Largo Caballero y por la reforma agraria que nos quieren imponer para engordar las barrigas de cuatro desharrapados. Todo a nuestra costa y eso hay que remediarlo. Ellos trabajan porque somos nosotros los que les damos el trabajo.

Los aparentes, bien fundamentados y sesudos razonamientos de Federico jamás eran puestos en duda y si los hubiese recopilado en un libro sus contertulios habrían jurado que era la mismísima Biblia.

La tertulia habitual del Casino, compuesta por seis o siete miembros fijos, dependiendo del momento, y algunos eventuales, se ocupaba desde mil novecientos dieciocho de las posibles acciones contra la amenaza de lo que llamaban el Trienio Bolchevique. Sus miembros, con algunos elementos renovados en sustitución de otros por causa de la edad o fallecimiento, seguirían después mucho tiempo con su debate monotemático con gran pasión porque, realmente, veían peligrar su situación. Ya habían pasado algunos años, bastantes; pero la amenaza para los componentes de dicha tertulia no había acabado, sino que se había incrementado.

El movimiento obrero se estaba reorganizando y aumenta-

ban constantemente las afiliaciones a los sindicatos. En marzo de mil novecientos diecinueve hubo una huelga general que se extendió por toda Andalucía. Consiguió la abolición del trabajo a destajo, pero, pese a su fortaleza inicial, se fue diluyendo tíbicamente como un aroma que se disuelve poco a poco en el aire y acaba por desaparecer.

Don Federico, abogado y principal dinamizador de la tertulia a la que los jornaleros llamaban despectivamente el Huerto de Carmelo, convenció a sus contertulios terratenientes de la necesidad de organizarse y defender sus propiedades con las que Dios los había bendecido por sus buenas obras y por la suerte y gracia divina de haber nacido en una familia de bien y dormir en cunas alfonsinas de madera de roble y no en un jergón de paja. Los jornaleros, en su mayoría, malvivían y agradecían el tener un trabajo aunque fuese eventual y mal pagado. Algunos estaban sindicados, cada vez lo estaban más; pero no tenían una meta compartida y estaban desunidos.

José Ruiz no había dormido nada en toda la noche. El día anterior estuvo brumoso y él trabajó hasta tarde, sin apenas luz, con la camisa desabotonada y respirando agua en vez de aire en el corral de su casa. Estuvo arreglando los varales del carro, preparando la cama a la vieja mula y arreglando algunos arreos estropeados por el tiempo y por el uso. Se sintió mal nada más acostarse. La fiebre le producía un gran dolor de cabeza y no tenía fuerzas. A pesar de eso, sabía que no podía faltar al trabajo, al patrón no le importaría despedirlo al instante a pesar de que gracias a la diligencia en sus labores se había convertido en casi imprescindible. Decidió acudir a la bodega, aunque llegaba un poco tarde.

—¿Qué haces por aquí tan tarde? —José iba ensimismado

pensando en lo que diría al llegar cuando oyó la voz de Genaro, su patrono.

—Es que... estoy enfermo.

—Tenías que estar en el tajo hace dos horas. No tolero la falta de diligencia en el trabajo.

—Es que tengo fiebre y no he dormido nada en toda la noche. Debo tener gripe.

—¡Me importa un carajo lo que tengas o dejes de tener! Al trabajo va uno arrastrándose, sin excusas. Es la última vez que llegas tarde.

—También es la primera en dieciocho años. Usted llega más tarde que yo porque aún no se ha acostado.

—¡Es intolerable! ¡Serás impertinente! ¡Muerto de hambre! Pues es la primera y la última. Estás despedido. No tolero la in-subordinación. Así que vete a la cama a sudar la fiebre.

José se fue caminando para casa derrotado y empequeñecido. Se sentía como una mota de polvo. Los demás patronos harían causa común y no lo contratarían y más siendo sindicalista. Se maldecía por no haber tenido aguante y saber callar cuando convenía. Pero era inadmisibile desde cualquier perspectiva que una persona no pudiera retrasarse un poco porque estaba enferma. Elisa se enfadaría y le echaría en cara su significación política y sindicalista y que dijera siempre lo que pensaba, obviando si era conveniente o no.

Estas acciones encendían a los jornaleros que no entendían que los patronos se gastaran doscientas mil pesetas en un manto para la Virgen y a ellos se les escatimase cinco pesetas de jornal trabajando de sol a sol y haciendo horas extraordinarias que no les pagaban, incumpliendo todas las disposiciones. La República, para los que tenían conciencia política, era un gobierno

burgués tibio que consentía todos los desmanes de la patronal, incluyendo que los matones pagados por ellos o, en algunos casos, las fuerzas del orden serviles dispararan contra los jornaleros que pedían mejores condiciones de vida. Estas operaciones, en muchos casos, servían de escarmiento y a los obreros solo les quedaba la esperanza de otra ocasión más propicia. Otros, más derrotistas, opinaban que esa lucha solo eran batallas para conquistar los cementerios o, en el mejor de los casos, un billete para la cárcel.

A Elisa no le gustaba que su marido estuviese afiliado a la CNT, pues el sindicato era el protagonista de todas las revueltas de Cataluña, Extremadura o Andalucía. Sin embargo, José era un hombre muy reflexivo y nada violento. Lo que él tenía muy claro era que la situación estaba enquistada y había llegado a la conclusión de que la democracia burguesa nunca permitiría una verdadera justicia social, y mucho menos un orden socialista. La prueba era que Largo Caballero daba continuos bandazos y hacía mil equilibrios para mantener el estado de cosas del momento y no dar la oportunidad a la posibilidad de perder ese apoyo popular, que se podría producir, precisamente, a causa de su falta de decisión y contundencia.

—Pues sí, me tiro a la mujer de Pichardo todos los miércoles. Tiene las carnes duras y bien formadas, pero sobre todo es joven. Me viene una vez a la semana a limpiar la sacristía, la oficina y hace un repaso general para que los ratones no tengan mucho que roer. Al principio no quería, pero después se mostró colaboradora. Le pagaba tres pesetas por la limpieza y comencé

ÍNDICE

<i>En honor de los que corrieron en La Desbandá.....</i>	pág. 11
Prólogo.....	pág. 15
Aclaraciones.....	pág. 27
<i>I Comerse la república.....</i>	pág. 33
<i>II Donde caerse muerto.....</i>	pág. 55
<i>III Huida</i>	pág. 95
<i>IV Málaga.....</i>	pág. 119
<i>V Refugio.....</i>	pág. 133
<i>VI Abandonados.....</i>	pág. 165
<i>VII Anda, jaleo, jaleo.....</i>	pág. 193
<i>VIII Amor y muerte entre cañaduces.....</i>	pág. 211
<i>IX La muerte es el paisaje.....</i>	pág. 233
<i>X Almería.....</i>	pág. 255
El autor: Jariver Martín Betanzos.....	pág. 277

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 13 de abril de 2022
coincidiendo con el natalicio del escritor
José Agustín Goytisolo
en cuarto creciente.





Impreso en Málaga, España.
Printed in Malaga, Spain.
Imprimé à Malaga, Espagne.



JAVIER MARTÍN BETANZOS

**ALFILERES
EN LOS OJOS DE LOS
JILGUEROS**



CUMBER